

EMILIO SALA

Acaba de morir una de las personalidades más poderosas de la pintura española contemporánea; y al afirmarlo yo, por modo tan categórico, manifestarán su asombro muchos de los lectores, porque la gran mayoría de los españoles no se habían percatado de lo que en el mundo del arte significaba y valía Emilio Sala, al que solo aquilataban y admiraban unos cuantos iniciados, artistas los más, y los otros, inteligentes amateurs que en París, donde residió algún tiempo, le llamaban "le grand Sala", y en Madrid, donde más vivió y en donde acaba de fallecer *el maestro Sala*.

Contribuyó á esa poca popularidad del vigoroso é irreprochable dibujante y estupendo colorista, su carácter huraño, que rayaba en misantropía, no sé si por temperamento, por una especie de reconcentración en sí mismo, convencido de su propio valer y poseído de un sentimiento de dignidad que le hizo protestar en silencio de las injusticias y las intrigas sociales, de las que, las más veces, salen estropeados y maltrechos el mérito y la virtud, y endiosados el atrevimiento y la vulgaridad intrigante.

Como Beethoven, fué una víctima del destino, y más que del destino, palabra hueca y sin sentido real, de la envidia, de la medianía intrigante y de su decoro personal, que nunca le consintió rebajarse para solicitar lo que en conciencia creía que se le debiera ofrecer.

Como Chopin, no tuvo consigo al grande, al numeroso público; pero triunfaba entre los grandes inteligentes, entre los artistas selectos.

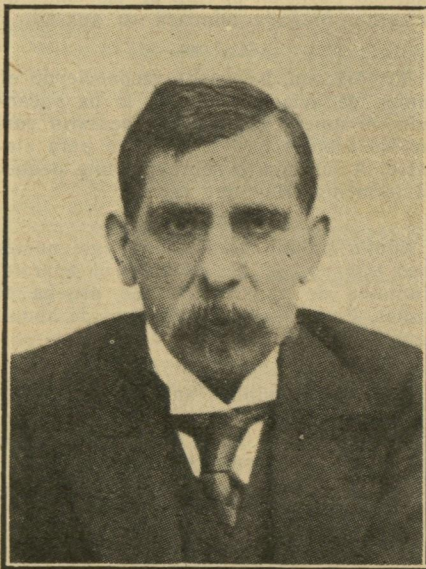
Era indómito, rebelde contra el preceptismo intransigente y contra toda regla fija que, según él, se convertía siempre en traba para el genio, anulando la individualidad del artista, y llegaba á convertirse en *manera*, que es la antitesis del verdadero arte.

Por eso, cada uno de los numerosos y brillantes discípulos que deja conservan personalidad artística propia y caracteres diferenciales que les distinguen notablemente unos de otros. Ahí están para demostrarlo Cecilio Plá, Hernández Nájera, Pedro Saenz, Rodríguez Acosta, el laureado alávéz Pérez de Valluerca, Francés y toda una pléyade que dará días de gloria á España, gracias á aquella amplia y revolucionaria preceptiva que supo dejar intactos el genio y la modalidad individuales del artista.

Aquél dibujante, digno émulo de Rosales; aquél colorista prodigioso por la brillantez de los contrastes y la inundación de luz que nunca rebasaron sin embargo los límites de la verdad y la naturaleza, únicas maestras á las que rindió ciego culto, nació en Alcoy, en ese reino de Valencia, en esa tierra levantina donde radica y florece todavía el genio helénico, patria de los Sorolla, los Benlliure y tantos astros de primera magnitud como fulgurán en el cielo del arte español.

Su obra, á más de avalorarla las exquisiteces del genio, la elegancia fina, el sentimiento hondo y los primores de una factura intachable, es colosal, por lo varia y extensa, pues cultivó con igual éxito todos los géneros, desde el *quadre-*

tto pequeñísimo destinado al *boudoir*, en que tanto brillaron Meissonnier y Fortuny, hasta el amplio techo de estilo decorativo que inmortalizaron Tiéppolo y Lucas Jordán, de los que no desmerecen nuestros contemporáneos Rosales, Pradilla, Plasencia y Sala.



Díganlo el "Novus ortus" (orto nuevo), alegoría maravillosa del Renacimiento, que decora un techo del palacio de Anglada, hoy del marqués de Larios, y "Las horas", en otro techo asombroso del palacio de la Infanta Isabel, verdadero museo de arte español contemporáneo, en el que no se sabe qué admirar más, si la amplitud de la composición en que campean una gracia y una idealidad supremas, ó el prodigio de color, que pasa en una gama y un cromatismo sorprendentes, desde la luz matutina á las tinieblas nocturnas, cortando á ambas, sin brusca transición, una faja con los signos del Zodiaco, cuyas irisaciones completan la totalidad de los fenómenos luminosos que emergen en el mundo físico, en la Naturaleza, madre del arte, entre el día y la noche.

Pero donde se excedió á sí mismo el gran maestro, fué en el retrato, esa cúspide de las artes plásticas adonde sólo llegan los verdaderos genios. En ese género ha dejado Sala verdaderas maravillas, sobre todo, cuando ha pintado á la mujer, llevando á su obra verdaderos prodigios de elegancia, finura, delicadeza é idealidad femeninas, á un extremo que no alcanza ningún otro retratista de nuestros tiempos. Las Infantas doña Paz y doña Eulalia, marquesa de la Coquilla, condesa de Montarco, baronesa del Castillo de Chirel, María Guerrero, y muchas más, pasaron al lienzo con todo su ente psíquico, asomando á través de los prodigios de la línea y del color, para inmortalizar en el porvenir el nombre del alcoyano incomparable.

Hace muy poco que, después de obtener don Emilio Sala todas las distinciones consagradas al arte en Madrid, París, Munich y Berlín, pensó el Gobierno español en la consagración oficial del sólido saber del maestro, que acababa de

publicar bajo el título de "Gramática del color", un libro precioso, en el que se condensan sus singulares conocimientos sobre tan importante materia para el arte pictórico, en forma originalísima; y creóse entonces la cátedra especial de *técnica del color*, que desempeñó hasta que la muerte lo ha arrebatado al arte y á los artistas españoles, que con él sufren una pérdida irreparable.

La hora de la justicia llegó para Sala. Una ola de dolor nubló mis ojos al leer por primera vez el calificativo de *insigne* que hoy consagra la Prensa!...

ANTONIO ALFAU.

Epistolario amatorio

Te envió el secular y dilecto epistolarío de una pasión absurda, que un poeta, á la vez sabio, escribió en un estado de espíritu que ya ahora me es conocido.

Este libro, con que embellecerás las horas en que lo leas, te podrá responder á las tres grandes interrogaciones del amor que me inspira... ¿Cuándo?... ¿Por qué? ¿Cómo?—No en vano todos los grandes amores son iguales y todas las grandes bellezas son parecidas.

—¿Cuándo?

Un detalle cualquiera, ya un gesto, ya una palabra, enciende, como una chispa mágica, el amor atesorado siempre en todo espíritu. A veces alternamos, por mucho tiempo, con una mujer, sin reparar en que hecha está para nuestro amor; y un punto—el de la sublime intersección—determina la súbita conflagración de dos vidas. Nada vale el escepticismo con que nos engramos de estar abroquelados. Nada vale la fortaleza con que nos permitimos tomar la vida como un sport: en la fragua en que se hacen los rayos de Zeus, se hacen las flechas de Cupido. ¿Cuándo se ama? El amor aparece cuando menos se piensa, como un capricho de la vida ó como una coquetería de la Naturaleza.

—¿Por qué?

Desde que, por mis sentidos, entraste á enseñorearte de lo íntimo de mi sér, me pusiste fuera de toda reflexión. Yo no sabría decirte si eres la más bella mujer; pero sé decirte que si no fueses tal, lo mismo te amaría. Hállote en todas las horas y en todas las partes. Mis horas se llenan y se vacían para llenarse otra vez de tu recuerdo, como fuentes de salud que renovasen sin cesar sus aguas milagrosas. ¿Y sabes por qué estás en todas partes? Porque estás en mí.

Una razón de equilibrio hace que mi empeño de predominio sobre los demás engendre mi deseo de renunciación ante tí. Este mi deseo de esclavitud se comprende, porque en tí encuentro el otro hemisferio de mí mismo: lo que en mí es energía, en tí es ternura; lo que en mí es ímpetu, en tí es éxtasis; lo que en mí es espada, en tí es cruz.

—¿Cómo?

Te amo como cualquiera cosa tuya, que cobrase en tus manos vida y espíritu. Más tuyo soy aún que el espejo en que juegan tus ojos, que la peñeta con que alisas tus bucles, que el cojín en que reposas tus